

UNA MIRADA SOBRE LA SEMANA SANTA EN ESPAÑA A TRAVÉS DE LOS VIAJEROS EXTRANJEROS DE LA EDAD MODERNA

Verónica Gijón Jiménez, Universidad de Castilla La Mancha

RESUMEN

España atesora una gran cantidad de festividades con una larga tradición. Dichas fiestas no siempre han sido comprendidas por los extranjeros, pero han despertado su curiosidad debido a su singularidad. Los viajeros que recorrieron España a lo largo de los siglos describieron en sus relatos de viaje las celebraciones más significativas del país. La Semana Santa es una de las fiestas religiosas más importantes del calendario. Durante la Edad Moderna los ritos ceremoniales de la Semana Santa experimentaron un gran desarrollo. La lectura de los libros de viajeros extranjeros desde el siglo XVI hasta el XVIII nos permitirá tener una visión de la evolución de las celebraciones de Semana Santa, desde las primeras procesiones penitenciales organizadas por las cofradías, hasta la prohibición de los flagelantes por Carlos III, pasando por la Edad de Oro de la imaginería española en el siglo XVII.

PALABRAS CLAVE

España, Religiosidad, Semana Santa, Imagenaría, Literatura de viajes, Edad Moderna.

ABSTRACT

Spain Possess a great number of festivities with a long tradition. These celebrations have not always been understood by the foreigners, but they have awoken their curiosity due to its singularity. The travellers who went across Spain over the centuries described in their travel tales the most significant celebrations of the country. The Holy Week is one of the most important religious festivity on the calendar. During the period from de middle ages to the French Revolution the ceremonial rites of the Holy Week experienced a great development. The reading of foreign travellers' books since the 15th until the 18th century will allow us to have a view of the evolution regarding the celebrations of the Holy Week, from the first penitential processions organized by brotherhoods, until the prohibition of the flagellant by Charles the third, including the Golden Age of the Spanish imagery in the 17th century.

KEYWORDS

Spain, Religiosity, Holy Week, Imagery, Travel literature, Period from de middle ages to the French Revolution.

España atesora un gran número de festividades que cuentan con una larga tradición, ya sean paganas, religiosas o una mezcla de ambas cosas. Las fiestas hispánicas no con frecuencia han sido bien comprendidas por los extranjeros, que siempre se han visto atraídos por su singularidad. Por esta razón, los viajeros que han visitado nuestro país nos han dejado numerosos testimonios sobre las celebraciones de Semana Santa en sus libros de viajes. El estudio de estos textos a lo largo de la Edad Moderna, nos acercará a los ritos de conmemoración de la Pasión de Cristo en su época de mayor esplendor. Además, nos permitirá conocer la percepción que tuvieron los extranjeros de una de las fiestas religiosas más importantes del calendario cristiano. Las obras analizadas abarcan un ámbito cronológico que va desde el siglo XVI al siglo XVIII, por lo tanto, podremos apreciar la evolución de las celebraciones descritas y el cambio en las valoraciones de los viajeros, ocasionado generalmente por la evolución de las mentalidades.

VIAJEROS DEL SIGLO XVI: CELEBRACIONES CORTESANAS Y PROCESIONES PENITENTES

Las primeras alusiones de los viajeros extranjeros a las celebraciones de la Semana Santa datan del siglo XVI, pero son muy escuetas. Antoine de Lalaing es el primero que incluyó alguna noticia en su relato. Este noble flamenco acompañó a Felipe el Hermoso en sus dos viajes a España en 1501 y 1503. La primera referencia a estas fiestas está fechada por el propio autor el 25 de marzo de 1502. Lalaing viajaba con el séquito de su señor desde Bruselas hasta Toledo. Allí debía encontrarse con los Reyes Católicos para ser jurado junto con su esposa como heredero del reino de Castilla. Se alojaron en Madrid para pasar la Semana Santa antes de llegar a su destino¹. El autor asegura que el archiduque oyó misa en su apartamento, de donde no salió en toda la Semana Santa. Lalaing observó durante el Jueves y el Viernes

¹ GARCÍA MERCADAL, J. “Antonio de Lalaing señor de Montigni”, en: GARCÍA MERCADAL, J. *Viajes de Extranjeros por España y Portugal. Desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*. Tomo I, Salamanca, Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura, 1999, pp. 399-401.

Santo los adornos de las iglesias y grupos de personas desnudas que se azotaban con varas por las calles².

Lorenzo Vital también nos aporta noticias sobre la Semana Santa. No sabemos mucho sobre este personaje, solo que acompañó a Carlos I en su primer viaje a España y que fue su ayuda de cámara hasta el año 1518, cuando pasó a servir a su hermano don Fernando. Vital observó la conmemoración de la Semana Santa en un entorno cortesano³. El rey estaba viajando desde Valladolid a Aragón y pasó el Miércoles Santo en Aranda de Duero. Hizo cantar el oficio de tinieblas a los miembros de su capilla en la iglesia mayor de la ciudad. Al día siguiente, se trasladó con una pequeña comitiva a un monasterio de franciscanos de un pueblo cercano. Buscaba pasar con recogimiento el resto de la Pascua y dejar a un lado los asuntos terrenales⁴.

El holandés Enrique Cock también formó parte del séquito de un soberano en uno de sus viajes y actuó como cronista. En este caso, acompañó a Felipe II en su itinerario por Zaragoza, Monzón, Barcelona y Valencia, realizado en 1585; un año después de entrar en la Guardia Real. El motivo del viaje era asistir a las Cortes de Aragón convocadas en Monzón y a la boda de su hija que se celebraría en Barcelona⁵. El Miércoles Santo, el rey se encontraba en Lérida y desde allí se dirigió al monasterio de Poblet para asistir a los oficios del Viernes. Ese mismo día, Cock debía pernoctar en Montblanc con el resto del séquito, pero aprovechó para visitar Poblet y Tarragona. En ninguno de los dos sitios observó alguna celebración, o al menos, no la mencionó en su relato⁶.

Los viajeros del siglo XVI estaban ligados a un ámbito cortesano, todos eran miembros de los séquitos reales durante los viajes de los monarcas. Por eso, nos

² LALAING, A. "Voyage de Philippe le Beau en Espagne, en 1501", en: GACHARD, M. *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*. Tomo I. Bruselas, F. Hayez, imprimeur de la Commission Royale d'Histoire, 1876, p. 171.

³ GARCÍA MERCADAL, J. "Antonio de Lalaing señor de Montigni", en: *Viajes de extranjeros por España...*, op. cit., pp. 399-401.

⁴ VITAL, A. "Relation du premier voyage de Charles Quint en Espagne", en: GACHARD, M. *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*. Tomo III. Bruselas, F. Hayez, imprimeur de la Commission Royale d'Histoire, 1881, p. 261.

⁵ ALVAR EZQUERRA, A. "Otro humanista entre las armas y las letras: Enrique Cock y sus libros", en: GARCÍA HERNÁN, E (Coord.). *Guerra y sociedad en la monarquía hispana: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*. Tomo II, Madrid, Ediciones Laberinto, Fundación Mapfre, CSIC, 2006, pp. 785-816.

⁶ COCK, E. *Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, Madrid, Imprenta y fundición Tello, 1879, pp. 108-110.

hacen partícipes de la forma de vivir la Semana Santa de los poderosos. Los reyes y los nobles solían acudir a las iglesias para asistir a los oficios religiosos e incluso se retiraban en algún monasterio. El testimonio de un viajero de finales del siglo XVI es muy similar a los que ya hemos estudiado. Se trata de Jehan L'Hermite, que llegó a España desde los Países Bajos en 1587 acompañando a Nicolás Damant, Canciller de Brabante. Fue compañero de Cock en la guardia real y a partir de 1590 consiguió formar parte del servicio de Felipe II⁷. Cuando volvió a su tierra natal escribió un libro sobre España en el que se narran principalmente los viajes del monarca. L'Hermite presenció numerosas celebraciones en la Corte. Destacamos la Semana Santa de 1596, en la que Felipe II cayó enfermo y tuvo que detenerse en la casa real de Aceca⁸. Los oficios se celebraron en un oratorio próximo a los aposentos del monarca para que los pudiera seguir durante su convalecencia⁹. Esto demuestra el celo de la nobleza y los monarcas a la hora de cumplir con la obligación de asistir a los oficios sagrados durante la Semana Santa.

Paralelamente a las solemnidades religiosas, en el siglo XVI ya existían otro tipo de actos extralitúrgicos de corte popular que solo fueron recogidos por Lalaing: las procesiones de flagelantes. La práctica de la penitencia pública comenzó a generalizarse en Europa a partir del siglo XIII. Las reflexiones de San Anselmo y San Bernardo sobre la pasión de Cristo iniciaron la valoración de su dimensión humana. Pero fue con San Francisco de Asís, cuando verdaderamente se comenzó a contemplar la humanidad de Jesús y a reflexionar sobre su sufrimiento durante la Pasión. Las cofradías de penitentes nacieron de una forma espontánea a comienzos del siglo XIII en Italia, desde donde se extendieron paulatinamente al resto de Europa gracias a los órdenes mendicantes. En principio, esta penitencia no estaba ligada a la Semana Santa. La divulgación de la penitencia pública en España está muy relacionada con las predicaciones de San Vicente Ferrer. El dominico recorrió el norte de Italia, el sur de Francia, Aragón y Castilla a finales del siglo XIV y

⁷ RUELENS C.H. "Introduction", en: L'Hermite, J. *Le Passetemps de Jehan de L'Hermite*, Antwerpen, J.E. Buschmann, 1980, pp. XXVIII-XLIV; CARTA BAÑOS, J. "Jehan L'Hermite, un peón del duque de Lerma en la cámara de Felipe II", *Cuadernos de Ayala*, nº 61, 2015, pp. 9-12.

⁸ La casa real de Aceca estaba situada a orillas de Tajo, en el camino entre Aranjuez y Toledo. Fue mandada construir por Felipe II en 1557, para que sirviese de parador en los viajes reales. Primero se ocupó de su edificación Gaspar de la Vega y la prosiguió Nicolás del Vergara el viejo. HERRERA CASADO, A. *Palacios y Casonas de Castilla-La Mancha*. Guadalajara, Aache, 2004, p. 26.

⁹ L'HERMITE, JEAN. *El pasatiempo de Jehan L'Hermite. Memorias de un Gentilhombre Flamenco en la corte de Felipe II y Felipe III*. Madrid, Doce Calles, Fundación Carolina, 2005, pp.281-282.

principios del siglo XV. El santo concebía la penitencia como una manera de conversión del hombre hacia Dios, como modo de ascesis externa y como penitencia sacramental para el perdón de los pecados. Iba acompañado de una compañía de flagelantes, pero no podemos asegurar que fundase cofradías, y en el caso de que lo hiciese, hasta cuando se mantuvieron.

Durante los siglos XIV y XV hubo un aumento del culto de la Pasión de Cristo. La primera cofradía de Semana Santa bajo la advocación de la Vera Cruz se fundó en Sevilla en 1448, promovida por la orden Franciscana. A partir de ese momento, se extendieron por el resto de España. Estas asociaciones contemplaban la pasión de Cristo y practicaban la penitencia pública en la procesión del Jueves Santo. En principio, sus cortejos se componían de penitentes de luz, que llevaban hachas o cirios; un estandarte negro con una cruz roja; y un crucifijo portado por un clérigo. No llevaban acompañamiento musical, aparte de algunas trompetas. Por influencia de las cofradías de la Vera Cruz se fundaron otras que también realizaban penitencia en Semana Santa. De forma paralela, comenzaron a practicarla otras asociaciones religiosas que, en un principio, no se habían fundado con este fin¹⁰.

Es llamativo que el único viajero del siglo XVI que menciona las procesiones de flagelantes fuera Lalaing. Hemos visto que la primera cofradía de Semana Santa surgió en 1448, y a continuación, se extendió al resto de Andalucía, pero ¿Es posible que Lalaing viera estas procesiones de disciplinantes en Castilla? La fundación de las cofradías de la Vera Cruz en Castilla comenzó a finales del siglo XV. En Valladolid una cofradía bajo la misma advocación, ya hacía penitencia en 1498; en Salamanca está documentada en 1506 y en Toledo apareció en 1480. La de Madrid se fundó a finales del siglo XV, en el convento de franciscanos de Jesús y María Extramuros¹¹.

El resto de viajeros no prestaron atención a estos ritos populares a los que no solían asistir los miembros de la nobleza. En el caso de Cock, que pasó la Semana Santa en Tarragona, no mencionó ninguna procesión de disciplinantes porque en esta ciudad comenzaron a celebrarse regularmente a finales del siglo XVI o principios del XVII¹².

¹⁰ SANCHEZ HERRERO, J. “El origen de las cofradías de Semana Santa o de Pasión en la península Ibérica”, *Temas Medievales*, nº 6, 1996, pp. 35-74.

¹¹ *Ibidem*, p. 73; GUEVARA PÉREZ, E. y RIBERA VÁZQUEZ, *Historia de la Semana Santa en Madrid*. Madrid, Sílex, 2004, p. 27.

¹² SANCHEZ REAL, J. “Sobre los orígenes de la procesión de Semana Santa”, *Boletín de la Real Sociedad Arqueológica Tarraconense*, nº 121-124, 1973-1974. pp. 214-222.

LA SEMANA SANTA DEL BARROCO

Barthélemy Joly, consejero y limonero del rey de Francia, viajó por España entre 1603-1604. Acompañaba al abad general del Cister M. Boucherat, que debía hacer la visita a los monasterios de su orden¹³. El viajero pasó la Semana Santa en Valladolid, que era sede de la Corte desde 1601. Según Joly, durante estos días “*el rey y sus señores tenían costumbre de dejar los asuntos terrenales y retirarse a algún monasterio*”¹⁴. El viajero empleó este tiempo en visitar la ciudad y observar las celebraciones propias de este periodo. Percibió que las señoras iban a confesar a pie con un gran cortejo, porque estaba prohibido ir en carroza durante estos días. Pero lo que más atrajo la curiosidad del francés fueron las procesiones de penitentes.

Este tipo de procesión era el mismo que ya mencionó Lalaing, pero Joly aporta un mayor detallismo en su descripción. Hizo referencia al estandarte negro y a la cruz que acompañaba a los disciplinantes, y refiere cómo era el atuendo de los que participaban en ellas. También trasmite al lector el ambiente creado por el sonido de los latigazos, las lamentaciones de los asistentes y la melodía de la trompeta¹⁵. A parte de estos disciplinantes Joly vio otras compañías formadas por gente de una clase social más alta. Pero el viajero sospechaba que lo hacían por vanidad, puesto que a pesar de llevar las caras cubiertas, iban acompañados por sus pajes, de manera que delataban su identidad. Después de ver estas procesiones el autor asistió al oficio de tinieblas en la capilla del rey. El altar estaba decorado con un tisú de oro y siete candelabros de plata con velas. Junto a ellos, estaba el Santo Sacramento metido en un cofre. Cuando se apagaron las velas, sonó una música que agradó mucho al viajero. El resto de los días Joly se dedicó a visitar las iglesias de la ciudad¹⁶.

El portugués Tomé Pinheiro da Veiga, procurador de la corona de Portugal, estuvo en Valladolid poco después que Barthélemy Joly. Permaneció en la ciudad desde diciembre de 1604 hasta julio de 1605. El viajero se trasladó a Valladolid para conocer la corte de Felipe III. El Viernes Santo 8 de abril de 1605, tuvo lugar el

¹³ GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C. *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglos XV-XVI-XVII)*. Madrid, Ollero y Ramos, 2001, p.163; HUERTA ALCALDE, F. *El arte vallisoletano en los textos de viajeros*. Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 1990, p.167.

¹⁴ JOLY, B., “Voyage de Barthélemy Joly en Espagne”, *Revue Hispanique*, tomo XX, 1909, p. 548.

¹⁵ *Ibidem*, p. 556.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 556-557.

nacimiento del príncipe heredero. El acontecimiento coincidió con las celebraciones de la Semana Santa y fue conmemorado con grandes fastos que duraron hasta el mes de junio. Pinheiro da Veiga recogió todos estos festejos en su obra *Fastiginia ó fastos Geniales*, comenzada en 1607, incluidas las celebraciones de Semana Santa¹⁷.

Lo que más le llamó la atención fueron las procesiones, que le parecieron más bonitas y más ordenadas que las de su país. La primera salía de la iglesia de la Trinidad. Estaba formada por 1400 disciplinantes y 650 hermanos de luz, que acompañaban a las representaciones de los misterios de la pasión:

*“...en lugar de nuestras bandera pintadas, traen pasos de bulto, de altura proporcionada, los más bellos y hermoso que se puede imaginar, porque estos de Valladolid son los mejores que hay en Castilla, por la proporción de los cuerpos, hermosura de los rostros y aderezo de las figuras, que todo es de la misma materia, de cartón y lino, de que están formados; y si va algún vestido, gorra o capa al exterior, es todo de brocado o tela, de suerte que parecen muy bien”*¹⁸.

Pinheiro continúa especificando las escenas que representaban los pasos. Esta procesión era la más pequeña de la Semana Santa y pasaba por el Palacio Real y por la calle de la platerías. El viajero también presencié la segunda procesión, que salía cuando terminaba la anterior desde la iglesia de San Francisco y llegaba hasta el palacio. Era el doble de grande que la anterior, ya que estaba compuesta por dos mil disciplinantes y más de mil penitentes de luz. Seguía el mismo orden y también llevaba diferentes imágenes colocadas sobre unas mesas que llegaban a ser tan grandes como casas: *“y como las figuras son de paño de lino y cartón, son muy ligeras; más puedo afirmar que no vi figuras ni imágenes más perfectas, ni en nuestro altares más nombrados de Portugal”*¹⁹. Pinheiro da Veiga no solo quedó sorprendido por el tamaño de los pasos, sino también por su realismo.

La mañana del Viernes Santo, salían otras dos procesiones de las que también nos dio cuenta el autor. La primera comenzaba en la iglesia de la Merced y se componía de mil disciplinantes, seiscientos hermanos de luz y varios pasos. La otra salía de la iglesia de San Agustín y solo estaba formada por cruces negras. Por la

¹⁷ GARCÍA-ROMERAL PEREZ, C. *Bio-Bibliografía...*, op. cit., p. 223; VARGAS DÍAZ DE TOLEDO, A. “Fastiginia de Tomé Pinheiro da Veiga. Edición de los días 10 y 28 de junio de 1605: primer documento de la recepción del Quijote”, *Anales Cervantinos*, nº 39, 2007, p. 311.

¹⁸ DA VEIGA PINHEIRO, T. *Fastiginia ó fastos geniales*, Valladolid, Colegio de Santiago, p. 10.

¹⁹ *Ibidem*, p. 11.

tarde, tenía lugar la procesión más importante, la de la Soledad. Empezaba en la iglesia de San Pablo, frente al Palacio y duraba más de tres horas. Guardaba el mismo orden que las anteriores pero llevaba más pendones y antorchas, porque esta cofradía estaba formada por personas pertenecientes a una clase social más alta. El mismo Viernes Santo el viajero asistió al oficio en la capilla del rey, en el que estaban presentes los monarcas y los nobles de la Corte²⁰.

Pinheiro da Veiga nos ofrece por primera vez una imagen completa de las procesiones de Semana Santa, pero la mayor novedad que nos aporta su texto es la descripción de los pasos o imágenes que las acompañaban. El Concilio de Trento (1545-1563), en su sesión vigésimo quinta, había sancionado el uso de las imágenes para persuadir conmovir y catequizar al fiel. Esto implicó un aumento en el encargo de pinturas y esculturas destinadas a atraer la devoción del pueblo. En los territorios hispánicos, se desarrolló una escultura centrada en la Pasión de Cristo, favorecida por las cofradías penitenciales, que en el siglo XVII ya estaban plenamente desarrolladas y llevaban mucho tiempo realizando desfiles de penitentes en Semana Santa.

Las resoluciones tridentinas potenciaron el desarrollo de estas cofradías, que comenzaron a encargar imágenes centradas en el tema de la Pasión, destinadas a acompañar los cortejos procesionales²¹. En muchos lugares de España, esas primeras imágenes fueron de papelón, es decir, hechas con telas encoladas y algunos elementos de madera. Estas esculturas eran más baratas y ligeras, de manera que facilitaron la aparición del paso de varias figuras. El inconveniente era su fragilidad, lo que propició su paulatina sustitución por tallas de madera²².

Pinheiro da Veiga presencié la época de transición entre las imágenes de papelón y las de madera. Se sabe que en el siglo XVI la cofradía de la Piedad sacaba en procesión dos pasos de papelón, que representaban al *Ecce Homo* y al Cristo de la Humildad. La cofradía de Jesús Nazareno poseía a principios del siglo XVII tres pasos de papelón: un Cristo con la cruz a cuestas, un Cristo caído con un sayón y el Expolio de Cristo. En la actualidad, sigue procesionando uno de estos pasos. Se trata de la Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, atribuido a Francisco Giralte que lo

²⁰ *Ibid.*, pp. 11-12.

²¹ ÁLVAREZ ALLER, E. "La estética procesional Barroca", en: ALONSO PONGA, J.L., *Antropología, historia y estética en el Barroco*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 2008, pp. 439-442.

²² GALTIER MARTÍ, F. *Arte y fiesta en la celebración de la Semana Santa. Desde los primeros cristianos hasta las más antiguas cofradías pasionistas*. Zaragoza, Mira Editores, 2014, pp. 183-167.

había realizado a mediados del siglo XVI. Cuando Pinheiro da Veiga presenció las procesiones de Valladolid, estas figuras de materiales deleznables convivían ya con tallas de madera. Una de estas primeras imágenes líneas es la Virgen de los cuchillos tallada por Juan de Juni a partir de 1571. También es conocido el paso de la Elevación de la Cruz realizado por Francisco Rincón en 1604²³.

Las procesiones que describe Pinheiro da Veiga ya estaban plenamente establecidas y habían alcanzado una gran solemnidad. Con motivo de la estancia de la Corte en la ciudad, pasaron por el Palacio Real, como indica el viajero en su texto. El testimonio del Pinheiro es bastante fiel y constituye un documento importante para conocer la Semana Santa vallisoletana. A principios del siglo XVII, salían cinco procesiones durante el Jueves y Viernes Santo. El Domingo de Ramos había otra que no fue mencionada por el viajero. La primera procesión del Jueves Santo era la que salía entre las cuatro y las cinco de la tarde desde el convento de los trinitarios calzados. La procesión de la cena de la cofradía de la Vera Cruz comenzaba en el convento de San Francisco. La primera procesión del Viernes era de la cofradía de Jesús Nazareno. Salía del convento de San Agustín y según cuenta el viajero no llevaba ningún paso, aunque llegó a poseerlo en 1612. Empezaba entre las siete y las ocho de la mañana, aunque Pinheiro asegura que era la segunda del día.

A las cinco de la tarde, iniciaba su estación de penitencia la cofradía de la Piedad desde el convento de la Merced. Cerraba el Viernes Santo la procesión de la Cofradía de la Quinta Angustia, a la que el viajero llama de la Soledad. La comitiva salía de la iglesia de San Pablo a las ocho o las nueve de la noche. El autor afirmaba que en esta procesión participaban gentes de mayor calidad. Esto se debe a que la cofradía de las Angustias estaba compuesta por abogados, curiales de la Chancillería, profesores de la universidad y por la congregación sacerdotal de San Felipe Neri²⁴.

También es interesante el testimonio de Jean Muret, un sacerdote francés que estuvo en España como miembro de una embajada enviada por Luis XIV en 1666, para negociar el cobro de la dote de María Teresa de Austria. Durante su viaje escribió una serie de cartas a través de las cuales nos dejó sus impresiones sobre

²³ BURRIEZA SÁNCHEZ, J. *Cinco siglos de cofradías y procesiones. Historia de la Semana Santa en Valladolid*, Valladolid, Junta de cofradías de Semana Santa, Ayuntamiento de Valladolid, 2004, pp. 35-37; MARTÍN GONZÁLEZ, J. J. *Escultura barroca en España 1600/1770*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 40.

²⁴ BURRIEZA SÁNCHEZ, J. *Cinco siglos de cofradías...*, op. cit., pp. 19-47; AGAPITO Y REVILLA, J. *Las cofradías, las procesiones y los pasos de Semana Santa en Valladolid*, Valladolid, Martox, 2007, ed. facsímil de la ed. de 1925, pp. 12-13.

España²⁵. En una de ellas, escrita en Madrid el 9 de abril de 1667, nos describe las celebraciones de Semana Santa. El viajero opinaba que el vicio estaba más presente que en cualquier otra época del año. Esto se debía a que la población tenía más libertad de salir bajo el pretexto de asistir a las procesiones y a los oficios.

Muret reflejó en su relato cómo eran las procesiones que recorrían las calles de Madrid en aquella época. Afirmó que participaban en ellas todos los oficios de la ciudad, incluso los comediantes. Las personas de más rango podían ir bien vestidas con mejores ropas, mientras que los demás llevaban un hábito negro con un capuchón piramidal²⁶. Los gremios que formaban la procesión portaban sus estandartes y sus trompetas. Los mayordomos de las cofradías con su bastón en la mano conservaban el orden de los participantes. Aunque el viajero puntualizó que hacían paradas en las tabernas y algunos de ellos llegaban a estar ebrios. Lo más hermoso de la procesión, según Muret, eran los pasos alumbrados por antorchas de cera: *“se veían varios teatros llevados por más de cincuenta personas, en los que están representados todos los misterios de la pasión”*²⁷.

Las procesiones duraban los tres días de Tinieblas, es decir, del Miércoles al Viernes Santo. El viajero encontró muy agradable la forma en que se cantaban en España los oficios de Tinieblas y admiró la belleza de los monumentos de Semana Santa que se levantaban en varias iglesias. El Santo Sacramento se guardaba en un cofre cerrado con una llave que era encomendada a una persona notable. El autor continuó hablando de los penitentes que se azotaban en las iglesias, también encontró otros que llevaban su cuerpo ceñido por cuerdas y los brazos atados a una barra de hierro. La visión de los penitentes le provocaba angustia, pero pensaba que si tenían devoción merecían ser premiados por Dios. El sábado observó una costumbre que le pareció admirable. Consistía en el lanzamiento de pequeños papeles desde la bóveda de la iglesia con pequeñas imágenes y la palabra aleluya. Finalmente hizo una rápida mención a la ceremonia del lavatorio de los pies en el Palacio Real. El rey en persona les servía la comida a los pobres y les lavaba los pies²⁸.

El testimonio de la siguiente viajera también es muy similar al de Jean Muret, porque presencié las celebraciones de Semana Santa en Madrid doce años después

²⁵ GARCÍA MERCADAL, J. “Juan Muret”, en: GARCÍA MERCADAL, J. *Viajes de Extranjeros por España...*, op. cit. Tomo III, p. 543.

²⁶ MURET, Jean. *Lettres écrites de Madrid en 1666 et 1667 par Muret*. París, Chez Alph Picard, 1879, p.62.

²⁷ *Ibidem*, p. 63.

²⁸ *Ibid.*, p. 65.

que este autor. Se trata de Marié Catherine Le Jumel de Barneville, más conocida como Madame d'Aulnoy. La noble francesa nacida en Normandía publicó dos libros sobre España: *Relación de la Corte de España* (1690) y *Memorias de la Corte de España* (1691). Algunos autores piensan que sus viajes son ficticios y compuso sus obras a partir de otros textos de la época. Sin embargo, diversas hipótesis defienden que sí estuvo en nuestro país como corresponsal del diario parisino *La Gazette* o con ocasión del matrimonio entre Carlos II y María Luisa de Orleans²⁹.

Madame d'Aulnoy narró su viaje de forma epistolar, dirigiendo sus cartas a una pariente. En una carta escrita en Madrid el 27 de abril de 1679, describió las celebraciones de Semana Santa. Comenzó hablando de la Cuaresma, en concreto de la dieta que se seguía en Madrid durante este periodo. Afirmaba que nadie ayunaba por lo difícil que resultaba, había muy poco pescado, y la mayoría de la gente prefería pagar la bula para comer carne. Desde el Miércoles al Viernes Santo, los habitantes de Madrid recorrían las estaciones penitenciales. Según la viajera algunas señoras aprovechaban sus visitas a las iglesias para escabullirse de sus criadas y encontrarse con sus amantes.

Madame d'Aulnoy presencié la penitencia pública de los disciplinantes. Le pareció una cosa muy desagradable y asegura que estuvo a punto de desmallarse porque la salpicaron con su sangre³⁰. La noble francesa nos informa de la indumentaria que llevaban estos disciplinantes: una túnica larga de batista, un gorro alto, del que caía un trozo de tela que les cubría el rostro con dos agujeros para ver; y dos grandes agujeros sobre la espalda. El atuendo estaba decorado con cintas que colgaban de las mangas de la camisola. La autora asegura que también los nobles tomaban parte en estas prácticas. Ese año habían participado el marqués de Villahermosa y el duque de Béjar, este último precedido por un cortejo de cien pajes con velas. Según la autora, no era la devoción lo que movía a estos penitentes, sino resultar galante ante alguna dama. De hecho recalca que algunos de ellos se golpeaban con más vehemencia cuando pasaban bajo la ventana de su enamorada. Sin embargo, también había fieles que tenían verdadera devoción. Algunos de ellos

²⁹ DIEZ BORQUE, J. M. *La sociedad española y los viajeros del siglo XVII*, Madrid, Sociedad General Española de librerías, 1975, p.48-49; FOULCHÉ-DELBOSC, R., "Madame d'Aulnoy et l'Espagne", *Revue Hispanique*, tomo 67, n° 151, 1926, pp. 1-152.

³⁰ D'AULNOY, M. C. *Relación del viaje de España*, Madrid, Ediciones Akal, 1986, pp. 253-254.

llevaban sus cuerpos ceñidos por cuerdas con varias espadas que le cruzaban la espalda, y otros cargaban grandes cruces³¹.

Madame d'Aulnoy también presencié la gran procesión del Viernes Santo, en la que participaban todas las parroquias. Ese día las mujeres se adornaban mucho y decoraban los balcones con tapices y espejos. Comenzaba a las cuatro de la tarde, y a las ocho todavía no había terminado. A ella asistían los reyes y los nobles, la guardia del rey también participaban portando sus armas enlutadas. Todo ello se acompañaba de música de tambores y trompetas. En la procesión, también se sacaban representaciones de las escenas de la pasión que se armaban sobre escenarios. Las figuras eran de tamaño natural, pero a la autora le parecieron feas y mal vestidas. Para finalizar, informa de que el clero controlaba que todos los fieles cumplieran con la obligación de la eucaristía. Para ello entregaban unos billetes después de la comunión que debían presentar al finalizar las fiestas³².

El último testimonio del siglo XVII pertenece al viajero marroquí Abd al Wahab al-Gassani, miembro de una familia de origen andalusí. Desempeñaba el cargo de secretario del sultán marroquí Muley Isma'il. Fue enviado a España en 1690 como embajador, para negociar con Carlos II la liberación de unos cautivos musulmanes y la entrega de libros y manuscritos árabes depositados en bibliotecas españolas³³. Este autor contempló las celebraciones de Semana Santa condicionado por su fe musulmana.

El ayuno de cuaresma le pareció muy liviano, porque solo consistía en abstenerse de comer carne, y los que tenían medios podían pagar para no cumplirlo. También le resultó sorprendente que los hombres y las mujeres asistieran juntos a la iglesia. A partir de ahí, Al-Gassani comenzó a describir minuciosamente las diferentes ceremonias de la Semana Santa, incluso introducía los textos de los Evangelios que referían los acontecimientos celebrados en cada jornada. El primer día explicó las celebraciones del Domingo de Ramos, cuando los fieles asistían a las iglesias y después acompañaban a la Cruz por las calles portando una rama de olivo

³¹ *Ibidem*, pp. 255-258.

³² *Ibid.*, p. 259.

³³ PARADELA ALONSO, N. *El otro laberinto español. Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma, 1988, pp. 58-59.; ARRIVAS PALAU, M. "De nuevo sobre la embajada de Al-Gassani (1690-1691), en *Al-qantara*, vol. 6, nº 1-2, 1985, pp. 199-290.

o de palma. El viajero señala que el rey también asistía en su capilla a las predicaciones, a las que él tildaba de impiedades³⁴.

El autor continúa narrando las celebraciones del Jueves Santo, al que se refería como “*día del quebrantamiento del ayuno*”. En primer lugar, expuso los pormenores de la ceremonia del lavatorio de los pies que el rey organizaba en su palacio. El viajero señaló que el soberano lavaba los pies a trece pobres y les daba de comer. Al finalizar les entregaba un traje, algunas monedas y los enseres que habían utilizado. Posteriormente lo vendían todo en las calles. El embajador marroquí señaló que la ceremonia del lavatorio de los pies era una obra pía con la que el rey imitaba lo que hizo el mesías según el Evangelio³⁵.

Aparte de referir las ceremonias cortesanas, Al-Gassani también prestó atención a los festejos realizados en la calle. El embajador hizo referencia a las procesiones en las que el bajo clero y el pueblo sacaban las imágenes y las llevaban de una iglesia a otra, caminando delante de ellas con cirios encendidos. El viajero estaba totalmente informado sobre los pasajes de los Evangelios que se representaban en estas imágenes. También mencionó a los penitentes que se azotaban o se crucificaban para imitar a Jesús. Llevaban la cara cubierta para no ser conocidos, pero iban acompañados de un sirviente o un amigo.

El embajador marroquí también asistió a la procesión del Viernes Santo en la que sacaban al crucificado. Cuando lo devolvían a la iglesia colgaban telas negras, cerraban las puertas y dejaban de tocar las campanas. También observó los festejos del Domingo de Resurrección, cuando se volvían a abrir las iglesias, se encendían cirios y antorchas, y cambiaban las telas negras por otras de colores. Además, se tocaban campanas y se lanzaban papeles con la palabra aleluya, para celebrar que el mesías había subido al cielo desde la tumba. Es sorprendente que Al-Gassani no criticara el uso de las imágenes sagradas en las procesiones, que estaba prohibido en su religión. Sin embargo, sí arremetió con dureza contra las creencias profesadas por los cristianos. Afirmaba que estaban equivocados, porque en realidad Jesús no fue crucificado ni murió, ya que Dios había puesto en su lugar a un hombre que se le parecía. El viajero opinaba que los cristianos se apartaban del camino recto por perseverar en sus creencias erróneas³⁶.

³⁴ GARCÍA MERCADAL, J. *Viajes de extranjeros por España...*, op. cit., Tomo IV p. 327.

³⁵ *Ibidem*, p. 328.

³⁶ *Ibid.*, pp. 329-330.

Los últimos tres viajeros estudiados nos ofrecen un panorama muy completo de las celebraciones de Semana Santa en el Madrid de la segunda mitad del siglo XVII. La corona apoyaba plenamente a las cofradías de Semana Santa. Los monarcas asistían a las procesiones desde el Alcázar, por donde tenían que pasar todas obligatoriamente. De hecho, el diseño del itinerario corría a cargo del maestro mayor de obras del rey y la Sala de Alcaldes. Como afirma Jean Muret todos los oficios participaban en las celebraciones de Semana Santa. Los gremios fueron el segundo gran apoyo de las cofradías. Ambas organizaciones estaban unidas por un pacto por el cual los miembros de un gremio concreto pasaban a formar parte de una cofradía. Esto significaba que podían disfrutar de todos los beneficios espirituales y materiales de los que gozaba cualquier hermano, pero a cambio debían sacar un paso en la procesión de Semana Santa³⁷.

Dichas procesiones eran el evento más reseñado por los viajeros. Muret afirma que se celebraban de Miércoles a Viernes Santo, Al-Gassani describió la del Domingo de Ramos, el Jueves y el Viernes Santo. D'Aulnoy, sin embargo, solo reparó en la última. Al observar las procesiones los tres viajeros se fijaron en los penitentes, que recorrían las calles azotándose, con el cuerpo encordado y los brazos atados a una barra de hierro o cargando pesadas cruces. D'Aulnoy describe perfectamente el atuendo de estos personajes. Los pasos de Semana Santa también llamaron poderosamente la atención de los tres viajeros. En esta época ya estaban plenamente desarrollados y muchos de ellos fueron realizados por los mejores escultores del barroco español, como Juan de Mesa, José de Mora o Luisa Rodán³⁸. Por lo tanto, llama la atención que Madame d'Aulnoy encontrara feas las figuras que los formaban. La viajera debió fijarse en las imágenes de Judas, Gestas o los soldados, que en ocasiones se representaban de forma grotesca para reafirmar su carácter negativo³⁹.

Los viajeros advirtieron que la gente solía visitar las iglesias los días de Semana Santa para contemplar los monumentos o para asistir a los oficios religiosos. Muret hizo referencia al oficio de Tinieblas, que se celebraba en los principales conventos de la villa el Miércoles, Jueves y Viernes Santo por la tarde. Consistía en

³⁷ GUEVARA PÉREZ, E Y RIVERA VÁZQUEZ, M. *Historia de la Semana Santa...*, op. cit., pp. 65-72.

³⁸ SOTO CABA, V. *et. al. Arte y realidad en el Barroco I. Modelos del naturalismo europeo en el siglo XVII*, Madrid, Ramón Areces, 2012, pp. 218-219.

³⁹ ÁLVAREZ AYER, E. "La estética procesional...", op. cit., pp. 446-447.

la colocación de un candelabro con quince velas que representaban a los doce apóstoles y las tres Marías. Conforme se iban cantando los salmos se iban apagando las velas. Cuando se apagaba la última se escondía el candelabro detrás del altar y se imitaba el sonido del terremoto que tuvo lugar cuando murió Cristo⁴⁰.

Otra ceremonia de la que dieron noticias tanto Muret como Al-Gassani era el lavatorio de los pies y la comida organizada por el rey en su palacio el Jueves Santo. Esta ceremonia ya está documentada en la Corte de Enrique IV de Castilla, que en 1462 lavó los pies de cuatro pobres y les dio cien varas de paño y unas monedas⁴¹. En el Madrid del siglo XVII, los criados del rey preparaban un banquete para los pobres. El rey les lavaba los pies a los invitados, después de que su médico de cámara los hubiese reconocido. Finalmente les servía la comida ayudado por sus gentilhombres⁴².

Jean Muret afirmaba que la Semana Santa en Madrid era un tiempo de disipación y vicio. Tanto él como Madame d'Aulnoy presenciaron abusos de todo tipo. Muret señala como los participantes en la procesión paraban en las tabernas para beber. D'Aulnoy narra como las mujeres aprovechaban su salida a la iglesias para ver a sus amantes. La viajera percibió también que los penitentes no tenían verdadera devoción y solo se disciplinaban en busca del reconocimiento de alguna dama. Los excesos denunciados por los autores ya se daban desde finales del siglo XVI. Prueba de ello son las normas dictadas por el sínodo provincial celebrado en Sevilla en 1604. Para corregir los abusos que se cometían en las procesiones se estableció que los cofrades guardaran la debida devoción, silencio y compostura. También disponía como se debían vestir: las túnicas tenían que ser de lienzo basto, sin botones y sin adornos. Los penitentes tenían la obligación de llevar el rostro cubierto y no lucir zapatos blancos, medias de colores, lechuguillas en el cuello o lazos atados a los brazos que les permitieran ser reconocidos. Además, se prohíbe a las cofradías alquilar disciplinantes para suplir la falta de penitentes voluntarios⁴³. A pesar de que los sínodos provinciales intentaban corregir estos comportamientos, a medida que avanzó el siglo XVII iban en aumento. La cofradía barroca daba mucha

⁴⁰ HERRERO GARCÍA, M. *La Semana Santa de Madrid en el siglo XVII*, Madrid, Gráfica Universal, 1935, pp. 10-11; RIGHETTI, M. *Historia de la liturgia*, Tomo I, Madrid, La editorial católica, 1955, pp. 787-790.

⁴¹ SANCHEZ HERRERO, J. "El origen de las cofradías penitenciales", en: PARJA LÓPEZ, E. *Sevilla Penitente*, Sevilla, Editorial Géver, pp. 35-36.

⁴² HERRERO GARCÍA, M. *La semana Santa de Madrid...*, op. cit., pp. 15-16.

⁴³ SANCHEZ HERRERO, J. *La Semana Santa...*, op. cit., pp. 134-135.

importancia a los aspectos externos. Las cuestiones devocionales fueron desplazadas paulatinamente por el deseo de obtener prestigio social. Los penitentes llevaban cruces huecas o señales para ser reconocidos. En Madrid, las cofradías comenzaron a solicitar salir en las procesiones sin hábito y los capataces vestían ropas suntuosas para marcar su rango social superior⁴⁴. Estos comportamientos irregulares se dieron en toda España. En Valladolid los disciplinantes escapaban de las procesiones en los cruces de calles y los señores iban acompañados por séquitos de criados y pajes⁴⁵.

LA SEMANA SANTA Y LOS VIAJEROS ILUSTRADOS

Jean Baptiste Labat llegó al puerto de Cádiz en octubre de 1705. Era un monje dominico francés que desempeñaba su labor de misionero en las Antillas. Cuando llegó a Cádiz se dirigía a Bolonia para participar en el capítulo general de su orden. El viajero se quedó atrapado en dicha ciudad porque España estaba inmersa en la Guerra de Sucesión y los ingleses tenían bloqueado el estrecho de Gibraltar⁴⁶. Durante su estancia, el clero local lo invitó a presenciar las procesiones de Semana Santa, pero a pesar de su insistencia él prefirió continuar su viaje. El monje francés aseguraba que no se conmovía ni se edificaba con ese tipo de espectáculos. Según sus propias palabras, no se explicaba cómo un hombre prudente podía sentir contrición viendo a una tropa de penitentes adornados con cintas y encajes azotarse para impresionar a las damas⁴⁷. La actitud del padre Labat anuncia el cariz que tomarán los testimonios del resto de los viajeros del siglo XVIII. El autor pertenecía a una orden monástica, pero también contaba con una formación en filosofía y matemáticas⁴⁸. Su opinión sobre las celebraciones de Semana Santa constituye una muestra del desencuentro entre las ideas ilustradas y las tradiciones religiosas españolas.

⁴⁴ GUEVARA PÉREZ, E. Y RIVERA VÁZQUE, M. *Historia de la Semana Santa...*, op. cit., pp. 65, 76-77.

⁴⁵ AGAPITO Y REVILLA, J., *Las cofradías, las procesiones...*, op. cit., pp. 10 y 11.

⁴⁶ TAMARIT VALLES, I. "Jean Baptiste Labat en l'Espagne : le récit d'un séjour involontaire" en: BRUÑA CUEVAS, M. *et. al. La Cultura del otro: español en Francia, francés en España*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2006, pp. 269-270.

⁴⁷ LABAT J. B. *Voyage du P. Labat en Espagne et en Italie*, Chez Jean-Baptiste Delespine, Paris, 1730, p. 282.

⁴⁸ TAMARIT VALLES, I. "Jean Baptiste Labat..." op. cit., p. 269.

En el siglo XVIII, los extranjeros consideraban a España un país periférico, alejado de los centros culturales y políticos de Europa. La nación quedó excluida de las rutas del Grand Tour, el viaje de formación realizado por los jóvenes aristócratas y burgueses. Los ilustrados valoraban la capacidad educativa del viaje, por lo tanto consideraban que un país atrasado, regido por la superstición y el oscurantismo, no respondía a las expectativas de una mente ilustrada⁴⁹. Este oscurantismo que reinaba en el país se manifestaba sobre todo en las prácticas religiosas.

El viajero inglés Richard Twiss, que viajó por España en 1773, se mostró bastante reacio a las celebraciones de Semana Santa, ya que era protestante. En su relato de viaje no las describió, porque estaba en Toledo y dejó la ciudad para no presenciar dicha celebración. El domingo de Pascua, cuando se dirigía hacia Valencia, vio en las calles de algunos pueblos toledanos unos muñecos con forma humana que representaban a Judas. Estos peleles eran apedreados y quemados por la noche. Según Twiss esta costumbre estaba muy extendida por toda España y le agradaba porque en su país había una tradición parecida que consistía en quemar las figuras del demonio y el Papa⁵⁰. Esta celebración de carácter popular podría tener su origen en la Edad Media. Comenzaba el sábado de Gloria, cuando se elaboraban uno o varios muñecos que eran paseados por las calles y manteados. A la puesta de sol eran ahorcados y el Domingo de Resurrección eran quemados a la vista de todos los vecinos⁵¹.

El relato de viajes de Jean François Peyron contiene algunas novedades en cuanto a la valoración de la Semana Santa por parte de los extranjeros. Recorrió España entre 1777 y 1778. No tenemos mucha información acerca de él, solo que era natural de la ciudad de Aix y que se dedicó a la carrera diplomática⁵². El autor pasó la Semana Santa en Málaga, afirmaba que hasta hacía poco las procesiones habían sido famosas por sus extravagancias. Como los penitentes o las imágenes que representaban a los apóstoles con pelucas de cáñamo. Por eso, alabó la medida

⁴⁹ BOLUFER PERUGA, M. "Civilización, costumbres y política en la literatura de viajes a España en el siglo XVIII", *Revista de Historia Moderna*, nº 29, 2003, pp. 259-262; BLACK, J. *The British and the Grand Tour*, Londres, Croom Helm, 2010, pp. 24-25.

⁵⁰ TWISS, R. *Viaje por España en 1773*, Madrid, Cátedra, 1999, pp. 135-139.

⁵¹ GONZALEZ GARRIDO, M. C. "La semana Santa y la costumbre del Judas y los Dómine", *Fascículos de historia local Universidad popular de Miguelturra*, nº 8, 2001, pp.133-135.

⁵² CORRAL, J. Viajes y viajeros en el Madrid de Carlos III, en: SANBRICIO, C. *Carlos III, alcalde de Madrid*, Catálogo de la exposición, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1988, pp. 187-189; GARCÍA MERCADAL, J., "Juan Francisco Peyron", en: GARCÍA MERCADAL, J. *Viajes de extranjeros por España...*, op. cit. Tomo V, p. 237.

tomada por Carlos III de prohibir ese tipo de manifestaciones. Aun así no se llevó una buena impresión de estas celebraciones en las que encontró un ambiente triste y lúgubre, mientras las mujeres coqueteaban ataviadas con sus mantillas. Durante la procesión del Jueves Santo se fijó en los Nazarenos, cuyo atuendo se parecía al que llevaban los penitentes en Languedoc y Provenza. También mencionó los pasos que representaban a Jesús en los diferentes momentos de su pasión.

El viajero opinaba que la semana de Pascua en España era un tiempo de disipación en el que se cometían numerosos sacrilegios a causa de las cédulas de confesión. Como ya hemos expuesto anteriormente los sacerdotes reclamaban estos documentos para asegurarse de que sus feligreses habían recibido los sacramentos durante la Pascua. Pero para conseguir estos certificados se cometían todo tipo de desmanes. Peyron acusó al clero de disfrutar de los favores de las mujeres perdidas a cambio de dichas cédulas⁵³.

Los ilustrados eran contrarios a las manifestaciones religiosas que incluían prácticas supersticiosas contrarias a la razón, y eran partidarios de una religiosidad privada. Los extranjeros no eran los únicos críticos con los abusos cometidos en las procesiones de Semana Santa. En España, también habían surgido voces en contra de estas prácticas propias de la religiosidad barroca, que estaban contaminadas con las supersticiones populares. Finalmente Carlos III prohibió la penitencia pública, las procesiones nocturnas y los bailes frente a las imágenes en 1777. Una parte importante de la Iglesia estaba a favor de esta resolución. De hecho, muchos obispos ya habían eliminado las procesiones en las que las expresiones sociales superaban a las religiosas⁵⁴.

Ya hemos visto como Peyron encontró pertinente la proscripción de las tradiciones poco edificantes. Esta opinión fue compartida por Joseph Townsend, un médico inglés que viajó por España entre 1786 y 1787⁵⁵. La primera vez que presencié las celebraciones de Semana Santa estaba en Barcelona. Antes de la procesión del Jueves Santo, el viajero visitó las iglesias para ver los preparativos. En cada una de

⁵³ PEYRON, J. F. *Nouveau Voyage en Espagne, fait en 1777 & 1778*. Tomo II, Londres, Chez P. Elmsly, 1783, pp. 160-162.

⁵⁴ PINTO CRESPO, V. "Una reforma desde arriba: iglesia y religiosidad", en: EQUIPO MADRID DE ESTUDIOS HISTÓRICOS. *Carlos III, Madrid y la Ilustración*, Madrid, Siglo XXI editores, 1988, pp. 182-184.

⁵⁵ ROBERTSON, I *Los curiosos impertinentes: Viajeros ingleses por España. desde la accesión de Carlos III hasta 1855*. Barcelona, Ediciones del Serval, 1988, p. 134.

ellas, encontró imágenes de tamaño natural, tan realistas que solo las distinguía de la gente porque eran estáticas y eran el centro de atención.

Por la tarde, la procesión transcurrió con un orden lento y solemne. El viajero se fijó en los pasos que representaban los acontecimientos sucedidos el día de la Santa Cena. Las escenas le parecieron elegantes y le agradaron los ricos adornos que las decoraban: sedas, brocados y terciopelo. Le llamó la atención el atuendo de los nazarenos: unas casacas de sarga marrón y un tocado cónico que ocultaba su identidad. El autor vio a otros penitentes que iban descalzos y arrastraban cadenas y una gran cruz. Según él se debía a un castigo por los crímenes que habían cometido. También le resultó agradable la música que acompañaba a la procesión, tocada por una banda de oboes, clarinetes, cuernos, y flautas. Townsend pensaba que cualquier alma sensible se habría conmovido ante esta escena.

El viajero afirmaba que ya no se usaban las antiguas tradiciones incompatibles con la moral. Con esto se refería a la penitencia pública. Esas prácticas se habían prohibido y si alguien quería disciplinarse debía hacerlo en privado. El viajero achaca la existencia de estas costumbres a presencia de los vándalos y los godos en los lugares en los que se practicaban. Pero opinaba que Europa estaba saliendo de ese estado de ignorancia y España también terminaría haciéndolo. El Viernes Santo presencié otra procesión que llevaba otros pasos distintos, cardados por unos hombres que se ocultaban bajo una cortina. Finalmente, mencionó las celebraciones de la Resurrección, en las que se realizaba una procesión más pequeña.

Las procesiones de Semana Santa en Barcelona fueron suspendidas en el año 1770 y se reanudaron seis años después con algunos cambios. Todas debían terminar al caer el sol y se prohibió la presencia de penitentes. El inglés Townsend presencié estas nuevas procesiones de Semana Santa, y a pesar de profesar el protestantismo, le suscitaron una opinión favorable. La primera salía era la del domingo de Ramos, salía de la iglesia del *Bonsuccés* y corría a cargo de la congregación de Nuestra Señora de los Dolores. Ésta no fue descrita por el viajero inglés, que sí presencié la del Jueves Santo. Éste era el día más importante de la Semana Santa barcelonesa. Según el Barón de Maldá⁵⁶ la gente de todas las clases sociales asistía al sermón del Mandato en la Catedral. Después visitaban los monumentos de Semana Santa dispuestos en

⁵⁶ Rafael de Amat y Cortada era un noble barcelonés que escribió un diario a lo largo de su vida al que tituló *Calaix de Sastre*. El texto es una obra clave para conocer las costumbres en la ciudad desde 1769 hasta 1819.

las iglesias. Los más admirados eran el de Santa María del Mar y el de Santa María del Pi. La procesión del Jueves Santo era la más multitudinaria. La conocemos gracias al *Costumari Català* de Joan de Amades. Era organizada por la archicofradía de la Purísima Sangre de Nuestro Señor, vinculada a la iglesia del Pi. Los gremios de la ciudad se encargaban de sacar los distintos pasos.

El viernes Santo salían dos procesiones y no una como afirmaba Townsend. La primera por la mañana del convento de los trinitarios descalzos. La segunda salía por la tarde de la iglesia de la Mercè y era organizada por la cofradía de la Madre de Dios de la Soledad. Los domingos se celebraban en algunas iglesias como la de San Jaume, las procesiones de la Comunió General⁵⁷.

Townsend presencié la Semana Santa en Málaga al año siguiente, que le pareció más modesta que la de Barcelona, aunque también era solemne y servía para distraer al pueblo. Fue a la plaza Mayor para ver la procesión del Viernes Santo, pero fue interrumpida por la lluvia. No describió ninguna procesión más, solo algunos de los ritos que se llevaban a cabo en las iglesias. El viajero afirma que el Jueves Santo se cantaba el miserere y se depositaba la sagrada forma en “*un mausoleo construido para la ocasión*”⁵⁸, debía referirse al monumento de Semana Santa. El Viernes Santo por la noche se apagaron las luces de la catedral y se volvió a cantar el miserere, la Sagrada Forma se retiró del monumento y se colocó en el altar mayor. El sábado se anunció la Resurrección y se volvieron a encender las velas⁵⁹.

CONCLUSIONES

Los relatos de los viajeros extranjeros reflejan los cambios que experimentaron las celebraciones de Semana Santa a lo largo de la Edad Moderna. Desde las costumbres cortesanas observadas por los viajeros del siglo XVI, hasta las procesiones sin disciplinantes que recorrieron las calles después de la prohibición de la penitencia pública en 1777.

⁵⁷ RIERA I MORA, A. “Les festes religioses en el reignat de Carles III: El cas particular de Barcelona (1770-1785)”, Pedralbes. Revista de Historia Moderna, nº 8, 1988, pp. 665-668, [Consultado: 2/03/2016] –<http://www.raco.cat/index.php/Pedralbes/article/view/100998>–; MARTÍ I BONET, M. et. al. (ed.). *Costume i tradicions religioses de Barcelona “Calais de sastre” baró de Maldá*. Barcelona, Arxiu Diocesà de Barcelona, Akribos Edicions y Biblioteca Pública de Episcopal de Barcelona, 1987, pp. 62-70; AMADES, J. *Costumari Català. El curs de l'any*. Tomo II, Barcelona, Salvat editores, 1951.

⁵⁸ TOWNSEND, J. *Viaje por España en la...*, op. cit., pp. 317-318.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 318.

Los viajeros del siglo XVI solo mencionaron las celebraciones cortesanas, porque todos se movieron en ese ámbito, ya que formaban parte de los séquitos de los monarcas en sus diferentes viajes. Solo Lalaing hizo referencia a la decoración de las iglesias y a las procesiones de disciplinantes, manifestaciones más populares que se desarrollaron durante el siglo XVI.

Los viajeros del siglo XVII presenciaron la incorporación de las imágenes a las procesiones. Pinheiro da Veiga aun conoció los pasos de papelón que participaban en la Semana Santa de Valladolid a principios del siglo XVII. El resto de los viajeros contemplaron ya las tallas de madera. Los penitentes también ocuparon un lugar importante en los relatos de estos viajeros, que describieron los diferentes tipos de disciplinantes y sus atuendos. Estos autores no veían como algo negativo la penitencia de sangre, pero algunos de ellos como Madame d'Aulnoy se sobrecogieron al contemplarla. Ya durante el siglo XVII estos viajeros denunciaron los abusos que se cometían durante estas fiestas: mujeres que se veían con sus amantes, penitentes que solo buscaban la notoriedad social o consumo de alcohol durante las procesiones.

También las creencias religiosas influyeron en los testimonios de los viajeros. El musulmán Al-Gassani comparó las celebraciones de Semana Santa con las costumbres musulmanas. Criticó el ayuno de cuaresma y las creencias católicas sobre Jesús manifestadas a través de los pasos procesionales. También están presentes en estos relatos otras ceremonias que tenían lugar en la Corte o en las iglesias, como los oficios de Tinieblas, las misas en la capilla real y el lavatorio de los pies realizado el Jueves Santo en el Palacio Real.

Los viajeros del siglo XVIII criticaron las costumbres más irracionales de las celebraciones de Semana Santa, como los disciplinantes; y denunciaron la falta de fe de muchas personas que participaban en ellas para esconder comportamientos inmorales o buscar prestigio social. También criticaron duramente las prácticas consideradas supersticiosas, que chocaban frontalmente con la ideología ilustrada de los viajeros del siglo XVIII. Los autores que visitaron España después de la prohibición de los disciplinantes, consideraron esta medida positiva, pero solo Townsend encontró agradables y conmovedores las procesiones celebradas a finales del siglo XVIII.